

»Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!

»Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del noble amante la forzada ausencia,

»Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,

»Quedando como rosa del desierto,
Que cuando más gallarda y más risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja.

»Mas si tal vez á Gustios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;

»El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda.

»A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda.

»Del Guadalaviar tambien yo entónces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta.

»Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,

»Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea

»Que noble y generoso, un desvalido
Vió en tí con interés, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á tí lo manifiesta.

»Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo más pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva.

»Pero ¡ay! que desde entónces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aún ignora que existes. En la tierra

»Jamás mejor servido que Velazquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas.

»Ni aún he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia.

»En varias ocasiones despechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;

»Pero siempre me opuse: que á Velazquez
Conozco, y paso tal sólo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda.

»Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera

»De tu amorosa madre, y á la tumba... —
¡No más, no más... buen Zaidel... basta, cesa,
Interrumpióle el mísero Mudarra:
¡Harto mi corazon destroza, y llena

»De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!...
¡Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:

»Palabras, que mis años juveniles
Han llenado de afan, y que ahora incendian
Mi pecho con el ansia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas.

»Sí, exclamó Zaide: sí, jóven gallardo:
Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
Esa sangre que mancha tus vestidos,
Y el aspecto feliz de las estrellas,

»Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heróicas prendas;

»Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan tambien los favoritos,
Y rara vez los odios y las quejas.

»A Castilla, á Castilla, entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: los momentos urgen;
Crímen perderlos es, mi padre espera.

»Volemos, dice Zaide: yo contigo
Tornaré del Arlanza á las riberas,
Te entregaré á tu padre; y presenciando
Su venganza, su paz y tus proezas,

»Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna.

»Volemos, sí... Mas ántes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,

»Para llevarle con nosotros... ¡Hola!
Caleb... Isman.» Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos;
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzudos, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataujía,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide: «Aquí, Mudarra,
Están de tus hermanos las cabezas,
Que Giafar como bárbaro trofeo
Colocó de su alcázar en las puertas.

»Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipreses que nos cercan.

»Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan:
Que aún despues de la muerte es gran desdicha
Sufrir el peso de la extraña tierra.»

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa,
Y la humedece con su llanto. Zaide
La alza y prosigue: «El tiempo no se pierda;

»Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca;
Y no es prudente que el cercano día
Dentro de este castillo nos sorprenda.»

Ambos dejaron el jardin, siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del viaje
Con grande actividad Zaide se entrega.

Las varias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginacion roba, yacía
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada
Revelacion de horrores tantos llena;
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.



ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venía un cuerpo finado.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fable y sentido.
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamás se falla
Ser fecho en el mundo...

Romance antiguo.

*Comedieta de Ponza, obra inédita
del marqués de Santillana.*

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.